

## Introducción

En el siglo xvi, el historiador inglés John Foxe volvió la vista hacia el gran panorama del pasado cercano y lejano. La historia, pensaba Foxe (o la historia eclesiástica, que era lo que realmente le importaba), se podía dividir en tres grandes partes.

Comenzaba con «la época primitiva», con la que se refería a aquellos días remotos en los que los cristianos se escondían en las catacumbas para esquivar la persecución de los perversos e infieles romanos, y trataban de evitar que los crucificasen o algo peor. La última parte era lo que Foxe denominó «nuestros últimos días»: la era de la Reforma, cuando se desafió el control de la Iglesia católica sobre la vida en Europa, al tiempo que los navegantes occidentales comenzaron a explorar el Nuevo Mundo.

Entre estos dos períodos hubo una incómoda losa de unos mil años. Foxe la llamó «la Edad Media». No era, por definición, ni carne ni pescado.

Hoy seguimos utilizando la etiqueta de Foxe. Para nosotros, los años comprendidos entre la caída del Imperio romano de Occidente en el siglo v d. C. y la Reforma protestante son «la Edad Media». Todo lo relacionado con esa época es «medieval», un adjetivo decimonónico que literalmente significa lo mismo.<sup>1</sup> Usemos una u otra denominación, nuestra periodización es, en gran medida, la misma. La Edad Media fue (se suele suponer) la época en la que el mundo clásico ya se había desvanecido, pero el mundo moderno todavía no se había puesto en marcha; los tiempos en que la gente construía castillos y los hombres luchaban a caballo enfundados en armaduras; cuando la tierra era plana y todo quedaba muy lejos. Aunque algunos historiadores globales del siglo xxi han intentado actualizar la terminología, hablando

no de Edad Media sino de un Milenio Medio, esto aún no ha calado.<sup>2</sup>

Las palabras tienen muchas connotaciones. La Edad Media es a menudo el blanco de una gran broma histórica. *Medieval* se utiliza con frecuencia como un término sucio, sobre todo por parte de los directores de periódicos, que lo emplean como calificativo cuando quieren sugerir estupidez, barbarie y violencia gratuita. (Otro nombre común para este período es el de Años oscuros, que cumple en gran medida la misma función: caricaturizar el pasado medieval como una época de permanente oscuridad intelectual). Por razones obvias, esto suele irritar a los historiadores actuales. Si por casualidad se encuentra con uno de ellos, es mejor que no emplee el término «medieval» como un insulto, a no ser que quiera un sermón o un puñetazo en la nariz.

El libro que va a leer cuenta la historia de la Edad Media. Es un libro largo, porque se trata de una vasta tarea. Vamos a recorrer continentes y siglos, a menudo a un ritmo vertiginoso. Vamos a conocer a cientos de hombres y mujeres, desde Atila el Huno hasta Juana de Arco. Y vamos a sumergirnos de cabeza en al menos una docena de campos de la historia, desde la guerra y el derecho hasta el arte y la literatura. Voy a plantear —y espero responder— algunas grandes preguntas. ¿Qué ocurrió en la Edad Media? ¿Quién gobernaba? ¿Qué aspecto tenía el poder? ¿Cuáles eran las grandes fuerzas que moldeaban la vida de la gente? ¿Y cómo (si es que lo hizo) la Edad Media dio forma al mundo que conocemos hoy?

Habrà momentos en los que quizá le parezca todo un poco abrumador.

Pero le prometo que será divertido.

He dividido este libro en cuatro secciones en orden más o menos cronológico. La primera parte analiza lo que un brillante historiador moderno ha denominado la «herencia de Roma».<sup>3</sup> Se abre con el Imperio romano en Occidente en estado de retroceso y derrumbe, zarandeado por el cambio climático y por varias generaciones de migraciones en masa, entre otras cosas. A continuación, examina las superpotencias secundarias que surgieron tras Roma: los llamados reinos «bárbaros» que sentaron las bases

## INTRODUCCIÓN

de los reinos europeos; el remodelado superestado romano oriental de Bizancio; y los primeros imperios islámicos. Esta historia abarca desde principios del siglo v d. C. hasta mediados del VIII.

La segunda parte se abre en la época de los francos, que revivieron un imperio cristiano y pseudo-romano en el oeste. Esta historia es parcial, pero no exclusivamente, política: además de rastrear el ascenso de las dinastías que dividieron Europa en reinos cristianos, también examinaremos las nuevas formas de poder cultural «blando» que surgieron en torno al cambio de milenio. Esta parte del libro se pregunta cómo los monjes y los caballeros llegaron a desempeñar un papel tan importante en la sociedad occidental durante la Edad Media, y cómo la fusión de sus dos mentalidades dio lugar a las cruzadas.

La tercera parte comienza con la sorprendente aparición de una nueva superpotencia mundial. El ascenso de los mongoles en el siglo XII d. C. fue un episodio abrupto y terriblemente violento, en el que un imperio oriental —con su capital en lo que hoy es Pekín— logró el dominio pasajero de medio mundo, a costa de millones de vidas. Con el telón de fondo de este tremendo cambio en la geopolítica mundial, la tercera parte también analiza otras potencias emergentes en lo que a veces se denomina la «Alta» Edad Media. Conoceremos a los mercaderes que inventaron nuevas y extraordinarias técnicas financieras para enriquecerse a sí mismos y al mundo; a los eruditos que revivieron la sabiduría de los antiguos y fundaron algunas de las más grandes universidades de la actualidad; y a los arquitectos e ingenieros que construyeron las ciudades, catedrales y castillos que siguen en pie quinientos años después, como portales que nos devuelven al mundo medieval.

La cuarta parte de este libro conduce hasta el final de la Edad Media. La sección comienza con una pandemia global que arrasó el mundo, de este a oeste, devastando poblaciones, remodelando las economías y cambiando la forma en que la gente pensaba sobre el mundo que le rodeaba. A continuación, se analiza cómo se reconstruyó el mundo. Conoceremos a los genios del Renacimiento y viajaremos junto a los grandes navegantes que partieron en busca de nuevos mundos... y los encontraron. Por último,

veremos cómo los cambios en el dogma religioso, unidos a una nueva tecnología de la comunicación, dieron lugar a la Reforma protestante, una conmoción que (como reconoció Foxe) hizo caer el telón de «la edad del medio».

Esta es, pues, la forma básica de este libro. También debo decir unas palabras sobre sus problemáticas. Como sugiere el título, este es un libro sobre el poder. Con ello no me refiero simplemente al poder político, ni siquiera al poder humano. Nos encontraremos con muchos hombres y mujeres poderosos (aunque al tratarse de la Edad Media, inevitablemente hay más de los primeros que de las segundas). Pero también me interesa cartografiar las grandes fuerzas que escapan al control humano. El cambio climático, las migraciones en masa, las enfermedades pandémicas, el cambio tecnológico y las redes mundiales: parecen preocupaciones muy modernas, o incluso posmodernas. Pero también dieron forma al mundo medieval. Y puesto que todos somos, en cierto sentido, hijos de la Edad Media, es importante que admitamos lo parecidos que somos a los medievales, así como reconocer nuestras genuinas y profundas diferencias con ellos.

Este libro se centra, sobre todo, en Occidente, y ve la historia de otras partes del mundo a través de una lente occidental. No me disculpo por ello. Me fascina la historia de Asia y África, y he intentado mostrar a lo largo de esta historia lo profundamente entrelazado que estaba el Occidente medieval con el Oriente y el Sur globales. Pero la propia noción de la Edad Media es propia de la historia occidental. También escribo en Occidente, donde he vivido y estudiado la mayor parte de mi carrera. Algún día yo —o muy probablemente otra persona— escribiré una historia complementaria de la Edad Media que dé la vuelta a esta perspectiva y vea el período desde «el exterior», por así decirlo.<sup>4</sup> Pero hoy no es ese día.

Esta es, pues, la forma de lo que está por leer. Como ya he dicho, este es un libro extenso. Sin embargo, también es uno irremediablemente corto. He cubierto más de mil años de historia en menos de mil páginas. A cada capítulo de este libro se le ha dedicado todo un campo de estudio académico. (Las notas finales y la bibliografía selecta ayudarán a los lectores a sumergirse más

INTRODUCCIÓN

en las áreas que les resulten interesantes). Así que, aunque hay mucho que ver aquí, también hay mucho que se ha quedado en el tintero. Todo lo que puedo decir es que mi objetivo con todos mis libros es entretener además de informar. Si este hace un poco de ambas cosas, lo consideraré un éxito.

Dan Jones  
Staines-upon-Thames  
Primavera de 2021

# 1

## Romanos

«En todas partes... el nombre del pueblo romano  
es objeto de reverencia y temor».

AMIANO MARCELINO

HISTORIADOR Y SOLDADO ROMANO

Abandonaron la seguridad del camino y se adentraron en el desierto, arrastrando el pesado cofre de madera entre ambos. Cómo debieron de dolerles los miembros mientras lo cargaban unos tres kilómetros a través del accidentado paisaje, pues el cofre, aunque solo tenía un metro de longitud, estaba bien construido, muy lleno y sellado con una gran cerradura de plata. Para moverlo a cualquier distancia se requerían al menos dos personas, o un pequeño carro, ya que la caja y el contenido sumados pesaban la mitad de lo que pesa un hombre.<sup>1</sup> Pero el valor de la mercancía que había en su interior superaba con creces el precio de un ser humano. Un esclavo importado de la Galia, traído a través del mar Británico (*Oceanus Britannicus*, hoy el canal de la Mancha) y convertido en dinero en los mercados de Londres (Londinium) podía costar en aquellos días unos seiscientos denarios —suponiendo que estuviera en forma, fuera joven y trabajara duro o fuera guapo—. No era poco dinero: alrededor del doble del salario anual de un soldado raso.<sup>2</sup> Pero, si bien era mucho para un romano común, para un ciudadano de élite del Imperio romano en el siglo V d. C. era una cantidad insignificante. En el interior del cofre de roble que crujía mientras lo llevaban por una suave pendiente de la campiña había una fortuna suficiente para comprar una casa entera llena de esclavos.

La preciosa carga dentro de la caja de roble incluía casi seiscientas monedas de oro conocidas como sólidos. Estas tintineaban junto a quince mil siliquas de plata y un par de puñados de distintas piezas de bronce. Cada moneda llevaba estampado el rostro de alguno de los emperadores de tres dinastías; el más reciente de ellos era el del malogrado usurpador Constantino III (r. 407/9 - 411 d. C.). Cobijados entre las monedas había tesoros aún mayores: un surtido de magníficos collares, anillos y cadenas de oro, estas últimas diseñadas para ceñirse a las curvas del cuerpo de una joven esbelta; brazaletes grabados con motivos geométricos y escenas de caza realistas; vajillas que incluían cucharas de plata y pimenteros con forma de bestias salvajes, héroes antiguos y emperatrices; elegantes utensilios de aseo como limpiadores de plata para la cera de los oídos y palillos de dientes con forma de ibis cuellilargos; cuencos, vasos y jarras; y una diminuta píxide de marfil de elefante, el tipo de baratija que a los hombres ricos como Aurelio Ursicino, cuyo nombre estaba grabado en muchos de los artículos, les gustaba comprar para mujeres refinadas como la dama Juliana (Iuliane). Un brazalete a medida estaba personalizado con un cariñoso mensaje escrito con pequeñas letras formadas por tiras de oro batido: *VTERE FELIX DOMINA IULIANE* ('Utiliza esto con felicidad, dama Juliana'). Y diez cucharas de plata anunciaban la devoción de la familia a la joven pero omnipresente religión de la época: cada una estaba estampada con el símbolo conocido como crismón, un monograma formado por las dos primeras letras griegas de la palabra «Cristo». Esto habría sido inmediatamente reconocible para todos los correligionarios —cristianos— que formaban parte de una comunidad de fieles que se extendía desde Gran Bretaña e Irlanda (Hibernia) hasta el norte de África y Oriente Medio.<sup>3</sup>

Este tesoro de monedas, joyas y enseres domésticos no era en absoluto la suma total de los objetos de valor de la familia, ya que Aurelio y Juliana eran miembros de la pequeña y fabulosamente rica élite cristiana de Gran Bretaña, un grupo que vivía en sus villas con una comodidad y esplendor similares a los de las demás élites de toda Europa y el Mediterráneo. Pero, de todos modos, era una cantidad significativa de dinero, y la familia se había to-

mado algunas molestias a la hora de seleccionar qué incluir en el cofre. No era para menos, porque este rico alijo era, en efecto, como una póliza de seguro. La familia había dado instrucciones para que fuera enterrado en algún lugar discreto para su custodia, a la espera de ver si la política británica, cada vez más turbulenta, desembocaba en un colapso gubernamental, en disturbios civiles o en algo peor. Solo el tiempo diría lo que el destino deparaba a la provincia. Mientras tanto, el mejor lugar para las riquezas de un clan acomodado era bajo tierra.

El bullicio de la ajetreada calzada —la ruta que unía la ciudad oriental de Caister-by-Norwich (Venta Icenorum) con la vía de Londres a Colchester (Camulodunum)— hacía tiempo que se había perdido en la lejanía, y el pequeño grupo que llevaba la caja se encontró solo y apartado de miradas indiscretas. Habían caminado lo suficiente como para que el pueblo más cercano —Scole— quedara a más de tres kilómetros de distancia; satisfechos de haber encontrado un buen lugar, depositaron la caja en el suelo. Quizá descansaron un rato, tal vez incluso hasta el anochecer. Pero muy pronto, las palas golpearon la tierra, y el suelo —una mezcla de arcilla y grava arenosa— empezó a amontonarse alrededor de un agujero poco profundo.<sup>4</sup> No necesitaban cavar mucho; no había necesidad de malgastar esfuerzos, ya que con ello solo conseguirían crearse más trabajo en el futuro. Así que cuando el agujero tenía solo unos pocos pies de profundidad, bajaron cuidadosamente la caja hasta el fondo y la recubrieron con tierra. Mientras lo hacían, la robusta caja de roble que contenía las cucharas y la vajilla de plata de Aurelio, las joyas delicadamente forjadas de Juliana y muchos puñados de monedas desaparecieron: enterradas como un ajuar funerario, esas preciadas posesiones de los difuntos que se depositaban junto a sus dueños en los tiempos, ya medio olvidados, de las generaciones pasadas. Los excavadores tomaron nota del lugar y luego partieron, aliviados y libres de carga, de vuelta hacia la calzada. Se dijeron que pronto regresarían. ¿Cuándo? Era difícil decirlo. Pero, seguramente, una vez que las tormentas políticas que azotaban Britania se apaciguaran, los bárbaros invasores que atacaban la costa oriental con tediosa constancia fueran finalmente rechazados, y los leales sol-

dados regresaran de sus guerras en la Galia, el maestro Aurelio los enviaría de vuelta a desenterrar su valioso cargamento. En el año 409 d. C., no sabían —ni podían imaginar— que el tesoro de Aurelio Ursicino permanecería bajo tierra durante casi mil seiscientos años.\*

En los albores del siglo v d. C., Gran Bretaña era la parte más alejada de una superpotencia con una gloriosa historia que se remontaba a más de un milenio: el Imperio romano. Roma comenzó como una monarquía de la Edad de Hierro —la tradición databa sus orígenes en el 753 a. C.— pero tras los reinados de siete reyes (que, según la tradición romana, se volvieron cada vez más tiránicos), en el 509 a. C. se convirtió en una república. Más tarde, en el siglo I a. C., la República también fue derrocada y, desde entonces, Roma pasó a ser gobernada por emperadores: al principio, un único emperador gobernaba en Roma, pero más tarde hasta cuatro emperadores gobernaron simultáneamente desde capitales como Milán, Rávena y Constantinopla. El cuarto emperador romano, Claudio (*r.* 41-54 d. C.), fue quien inició la conquista de Gran Bretaña en el año 43 d. C., atacando a los pueblos nativos de las islas con un ejército de veinte mil fieros legionarios romanos y una maquinaria de guerra que incluía elefantes blindados. A finales del siglo I ya se había conquistado gran parte del sur de Britania, hasta una zona militarizada en el norte que acabó marcada por el Muro de Adriano. A partir de entonces, Britania ya no fue una zona misteriosa en los límites del mundo conocido, sino un territorio que en gran parte fue pacificado e incorporado a un superestado mediterráneo. Durante los tres siglos y medio que siguieron, la isla de Gran Bretaña estuvo unida en su mayor parte al Imperio romano: un mastodonte político al que solo podrían hacer sombra, en tamaño, sofisticación, músculo militar y longevidad, los megaestados persas de los partos y los sasánidas, y el imperio de la dinastía china Han. Amiano Marcelino, un historiador de origen griego que vivió y escribió en el siglo IV d. C., calificó a Roma como «una ciudad destinada a perdurar

\* La caja del tesoro se conoce hoy en día como el Tesoro de Hoxne (pronunciado «Hoxon»). Fue encontrada en 1992 por aficionados a la detección de metales que buscaban un martillo perdido, y ahora se exhibe en el Museo Británico.

mientras sobreviva la raza humana». El Imperio romano, por su parte, había «puesto su pie sobre los orgullosos cuellos de los pueblos salvajes y les había dado leyes que servían de fundamento eterno y de garantía de la libertad».<sup>5</sup>

Había aquí un poco de hipérbole, pero solo una pizca. Amiano Marcelino no fue, ni mucho menos, el único escritor romano serio que, al contemplar Roma y su imperio, vio una serie de triunfos que se remontaban a la penumbra de la prehistoria y se extendían en el tiempo hasta el infinito.<sup>6</sup> Poetas e historiadores como Virgilio, Horacio, Ovidio y Tito Livio dieron voz a la naturaleza superior del ciudadano romano y al carácter épico de la historia imperial de la ciudad. La *Eneida* de Virgilio, que tejió para los romanos un mito de origen mágico, hablaba de un «imperio que no conocerá fin» bajo «el pueblo de Roma, los gobernantes del mundo, la raza que lleva la toga».<sup>7</sup> «Es el estilo romano hacer y sufrir con valentía», escribió Livio.<sup>8</sup> Cuatro siglos más tarde, e incluso después de una época excepcionalmente problemática en la que el imperio se vio asolado por guerras civiles, usurpadores, magnicidios, invasiones, cismas políticos, enfermedades epidémicas y casi la bancarrota, Marcelino todavía podía mantener que «Roma es aceptada en todas las regiones del mundo como señora y reina... En todas partes la autoridad de sus senadores recibe el respeto debido a sus canas, y el nombre del pueblo romano es objeto de reverencia y temor».<sup>9</sup>

Sin embargo, una generación después de que Marcelino escribiera estas alabanzas, la mitad occidental del imperio se encontraba en un estado de colapso terminal: las guarniciones y los gobernantes políticos romanos abandonaban por doquier las tierras que ellos y sus antepasados habían ocupado y gobernado desde los albores del milenio. El gobierno imperial se disolvió en Britania en el año 409-410 d. C., para no ser restaurado jamás; la conmoción que supuso la abrupta salida de Britania de esta unión paneuropea fue precisamente lo que llevó a las familias de la élite, como la de Aurelio Ursicino y Juliana, a empaquetar sus riquezas y a enterrarlas, una protección financiera que se convirtió, sin quererlo, en una rutilante cápsula del tiempo que preservó el fin de una era. A finales del siglo V, el Imperio romano ya no existía

en Occidente. Fue, escribió el gran historiador del siglo XVIII Edward Gibbon, «una revolución que se recordará siempre, y cuyos efectos aún son percibidos por las naciones de la tierra».<sup>10</sup>

La decadencia y la caída del Imperio romano de Occidente es un fenómeno histórico que ha ocupado a los historiadores modernos durante siglos, ya que el legado de Roma permanece con nosotros incluso hasta el día de hoy, estampado en la lengua, el paisaje, el derecho y la cultura. Y si Roma nos sigue interpelando en el siglo XXI, su voz sonaba aún más fuerte durante la Edad Media, el período que este libro pretende relatar y explorar. Examinaremos en detalle el final del Imperio romano en el próximo capítulo. Pero, por ahora, debemos ocuparnos de su surgimiento (o, más bien, de su transformación en las etapas finales de la República) en torno al cambio de milenio, y esbozar la situación en que se encontraba justo antes de la Edad Media. Porque, para comprender el Occidente medieval, debemos primero preguntarnos cómo y por qué la Roma eterna (*Roma aeterna*) logró gobernar un imperio que conectaba tres continentes, un número innumerable de pueblos con sus distintas religiones y tradiciones, y un babel igualmente vasto de lenguas; un imperio de nómadas tribales, campesinos y élites metropolitanas; un imperio que se extendía desde los núcleos creadores de la cultura antigua hasta los confines del mundo conocido.

## Clima y conquista

A los romanos les gustaba decir que los dioses los favorecían. De hecho, durante gran parte de su historia fueron bendecidos con un buen clima. Aproximadamente entre los años 200 a. C. y 150 d. C. —cuando Roma floreció como república e imperio— un conjunto de condiciones climáticas agradables y beneficiosas se instaló en Occidente. Durante casi cuatro siglos no se produjeron erupciones volcánicas masivas del tipo de las que, de vez en cuando, hacen bajar las temperaturas en todo el planeta; durante ese mismo período, la actividad solar fue alta y estable.<sup>11</sup> Como resultado, Europa occidental y la franja mediterránea, en general,